

Yen-Kuo Wang

- ¡Qué fotografía tan bella! -señaló Martina
- El atardecer siempre es bello, comúnmente romántico. -dijo Yen.

Dejó la cámara a un lado y se sentó a terminar de contemplar el crepúsculo. Martina se quedó observándolo por unos instantes, luego se sentó a su lado en silencio.

Lentamente se oscureció el cielo acompañado por la melodía de las olas del mar y el soplo del viento. Una composición perfecta para un momento romántico y cursi. Sin embargo, Martina y Yen eran solamente amigos.

Tenía el ilusorio deseo de que algún día Martina lo vería de otra manera y se enamoraría de él, y serían felices por siempre. Exageradamente romántico, así era Yen. Lastimosamente, muy pocas mujeres valoran en realidad a un hombre bueno y romántico, la mayoría prefieren al malo y cruel. Bueno, eso era lo que él pensaba...

Yen nació en un pueblo llamado Dalian, en China. Desde joven se mudó a un pueblo costero en Francia. Ya estaba bastante adaptado a la vida en este lugar, pero muy en su interior anhelaba su vida en Dalian, donde sentía que podía ser él, más abiertamente. Pero no, no pensaba regresar, pues en China no estaba Martina. ¡Cuánto! ¡Cuánto la deseaba! Solo en su mente podía abrazarla, besarla, amarla. Solo en su mente podía bailar con ella.

Ya había anochecido, habían permanecido en silencio todo este tiempo, observando la caída del sol, bueno, Martina observó atentamente la caída del sol. Yen, al contrario, pasó todo el tiempo pensando en lo bella que era ella. Comunicándole telepáticamente cuánto la amaba, no porque no fuera capaz de decírselo con palabras, de hecho, ya lo había hecho hace mucho tiempo y, obviamente, no fue correspondido. En aquel entonces, debido a ese suceso, Yen pasó un mes alejado de ella, con el fin de superarla o al menos, hacerle creer que ya la había superado y así poder seguir siendo amigos.

Martina se recostó suavemente en su hombro.

- Yen ¿tú crees que algún día encontraremos el amor de nuestras vidas?

Yen se sintió incómodo. Sintió como si, suave y delicadamente, Martina hubiera introducido una mano dentro de su pecho, hubiera agarrado su corazón y con dulzura lo hubiera aplastado y despedazado.

- Sí, algún día... -respondió Yen.

Tres segundos después, Yen se paró con la excusa de que tenía que ir a hacer algo urgente, la excusa más estúpida.

- ¿Me puedes acompañar primero a mi casa? -dijo Martina.

Por más dolor que sintiera, no la iba a dejar irse sola. Así que la ayudó a levantarse y se fueron.

Martina continuaba hablando.

- Quiero tener tres hijos, una casa enorme, no sé si aquí o en otra ciudad. También quisiera tener dos perros, pero no tan grandes, me dan miedo. También quisiera un jardín con flores de todas las especies...

Yen simplemente la escuchaba y, en cierto modo, agradecía que siguiera hablando sin preguntarle nada a él.

Cuando llegaron a la casa de Martina, empezó a llover suavemente. Martina le preguntó si quería quedarse para que no se mojara, pero Yen se negó, se despidieron y continuó su camino.

Yen solo pensaba en su dolor. ¿Valía la pena seguir viviendo? Tal vez lo mejor era irse lejos, devolverse a China, empezar de cero. Lentamente caminó bajo la lluvia, con su corazón roto, pero sin derramar ni una lágrima, pues “los hombres no lloran”... ¡Sí! ¡Qué frase tan estúpida! que solo demuestra la estupidez del machismo.

Llegó, por fin, a su casa. Se quitó la ropa mojada, se secó y se vistió de nuevo con ropa seca y cómoda para dormir. Se acostó sin saber que la intención de su mente no era dormir, sino pensar qué hacer para sentirse mejor. ¿El suicidio? ¿Volver a China? Así pasó el tiempo hasta que se durmió.

Al despertarse se encontraba en un ambiente muy diferente y sintiéndose un poco mejor. Estaba en China. No, no es que haya estado en China todo este tiempo y todo haya sido un sueño. Se levantó de la cama, agarró su celular y puso música mientras se servía jugo de naranja en la cocina. Se encontraba en el apartamento que sus padres tenían en China para cuando iban de visita. Sí se sentía un poco mejor estando lejos, pero aún así, la imagen de Martina seguía presente en su mente y, claro, en su corazón. Solo llevaba tres días de haber llegado a China, era lógico que todavía la pensara.

Lastimosamente, Yen no sabía que la razón por la que Martina no correspondió su amor era porque se encontraba enferma y en riesgo de morir. Pero justo al otro día de haberse ido Yen, por cosas del destino, Martina se enteró que estaba sana y que su muerte se había aplazado. Ojalá la muerte fuera así de incumplida y procrastinadora la mayoría de las veces. En fin, ese día Martina corrió a la casa de Yen a explicarle todo, pero ya saben el resto, Yen había desaparecido. Mucho tiempo lo esperó y lo buscó, aún después de haber formado una familia. Pero nunca se volvieron a encontrar.

FIN

Robert Grey